

Ciclo C: XXXIV Domingo del Tiempo Ordinario

Solemnidad. Jesucristo, Rey del Universo

Rosalino Dizon Reyes.

¿No ha elegido Dios a los pobres para hacerlos herederos del reino? (Stg 2, 5)

El letrado anuncia a Jesús el rey de los judíos. Pero los líderes y los soldados lo desmienten. A ellos se une uno de los dos criminales. Solo el otro acierta. ¿Y nosotros?

Un objeto inanimado proclama esta vez la realeza de Jesús. Antes no fue necesario que gritaran las piedras, pues muchos le proclamaban rey davídico. Pero ahora el pueblo solo mira, quizás amedrentado para que guarde silencio. Es peligroso decir algo contrario a las opiniones de líderes poderosos bien capaces de lograr la pena capital para un inocente.

Pero sin nada ya que perder, el otro malhechor acopia valor y abre la boca. Reconoce rey al que menos parece serlo. Superando la desesperación, pone su confianza en él.

No colabora con los que no le desean nada más que la perdición y quienes se regodean en su papel en desenmascarar y crucificar a un supuesto farsante. No es de los condenados que terminan portándose como sus condenadores.

Además, el creyente toma el letrado trilingüe por una invitación universal al reino de Dios, mientras los burladores ven en todas partes acusaciones válidas o autodeclaraciones sediciosas. De éstas se aprovechan para eliminar a quienes consideran como rivales en la carrera hacia los más altos puestos y las mejores promociones, o para justificar sus guerras culturales.

El ladrón arrepentido da a entender asimismo que nadie, aunque justamente condenado, debe darse por perdido. Y está bien fundada tal esperanza: Dios capacita para el reino de su Hijo incluso a los dominados por las tinieblas; quiere reconciliarnos consigo por el Verbo hecho hueso nuestro y carne nuestra.

Por medio, sí, del que vino a dar su vida por todos recibimos la redención. Esto lo creemos seguramente y lo proclamamos en la Eucaristía. Pero son los muy seguros de sí mismos, su justicia y su autoridad, fijémonos, quienes niegan lo que atina a afirmar de Jesús el criminal que reconoce su pecado y su impotencia. Nos conviene preguntar si captamos el letrado.

¿Adoptamos la actitud de los pobres indefensos y sufridos, entre los cuales se conserva la verdadera religión? ¿No imitamos a los que nos arrastran a las inquisiciones, para los cuales no hay sinsabores y quienes sirven de líderes por sórdida ganancia? ¿No conmemora nuestra vida más al tirano que ordenó

masacrar a niños inocentes que a María, llena de gracia, y a su vidente santa Catalina Labouré?

Fuente: Somos.vicencianos.org (con permiso)